**Domingo 30º T.O. (B) (28.10.2018): Marcos 10,46-52.**

***“Tu decisión te ha curado... la ceguera”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

La mano narradora del relato llamado Evangelio de Marcos nos ha llevado hasta la última recta del camino de Jesús de Nazaret que finalizará en Jerusalén. La etapa final de este peculiar camino se desarrolla en torno a Jericó: *“Llegan a Jericó. Y cuando salía de Jericó acompañado de sus discípulos... El ciego recobró la vista y le seguía por el camino”* (**Marcos 10,46-52**).

Esta mano narradora ya nos habló de la curación de otro ciego en Marcos 8,22-26. Aquel ciego estaba en Betsaida (la casa de la pesca) y con este relato finalizaba la evangelización de Jesús de Nazaret en Galilea. En aquella Galilea fue donde se recobró para siempre el sentido de la fe en la persona del galileo y laico Jesús.

Y también esta mano narradora del Evangelio nos habla a sus lectores de una tercera ceguera que desea ver. Es la ceguera de las mujeres en la madrugada del primer día de la semana (Mc 16,1-8). Aquellas mujeres sabían dónde había sido sepultado su Jesús de Nazaret y desearon seguir viéndolo, pero nada veían. Sin embargo fueron capaces de escuchar y fiarse: *“Id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis”* (16,7).

¿Por qué esta insistencia en la experiencia de la ceguera en la narración de esta peculiarísima biografía de Jesús que es el Evangelio de Marcos? La mano narradora que nos podría liberar de la duda ya habló mientras escribía y se calló para siempre. Para mí mismo y sin ser ejemplo de nada tengo por cierto que quien escribe de estas cegueras es una persona ciega como pudo serlo la propia María Magdalena. Ciega no de vista, sino de comprensiones. Como grita un refrán de mi tierra de pueblo ‘no hay peor ciego que quien no quiere ver’.

Tal vez, la nobleza económica, cultural, política y hasta religiosa de María Magdalena la tenía enceguecida. Esa aristocrática nobleza incendiada por la curiosidad le impulsó a conocer el mensaje de un hombre de Galilea, judío y laico, que anunciaba caminos nuevos dentro de la inmovilidad interesada de la Ley de los Ancianos, Escribas y Sacerdotes del Templo de Jerusalén. A esta ciega Magdalena, ¿se le cayeron sus seguridades ante el evangelio de Jesús?

Ya estoy oyendo a muchos que el ciego de Jericó tiene nombre propio y se llama BarTimeo (el hijo de Timeo) y es un mendigo que grita las fórmulas de fe de la religión judía: *“Hijo de David, Jesús el Mesías, ten compasión de mí”* (10,47.48). ¿Qué otra cosa quiere decir ‘Hijo de David’ sino Mesías, Liberador del poder esclavizador del nuevo imperio del faraón que es Roma?

No será cierto lo que escribo y comento, pero no puedo dejar de hacerlo, porque mis neuronas me lo despiertan. Este mesianismo que proclama Bartimeo en Jericó, igual que el que proclamó Pedro en Cesarea de Felipe (8,27-30), es el mesianismo que fue sembrado y ha crecido en los adentros religiosos de María de Magdala.

Este mesianismo es satánico y deshumanizador. Jesús lleva todo el camino de su propia vida (8,27-10,52) denunciando esta evidencia ante quienes le escuchan, los DOCE, las mujeres, los seguidores y hasta las muchedumbres. Sólo quien escucha..., y decide, se libera. ¡Tu fe, tu fe...!

**Domingo 48º de Lucas (28.10.2018): Lucas 22,21-38.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

Con el versículo 22,20, el Evangelista parece haber concluido la narración de ‘la institución de la eucaristía’, como suelen titular las biblias el breve texto de Lucas 22,19-20. En este breve texto de dos versículos encuentran muchos comentaristas las razones para justificar la evidencia de que Jesús instituyó dos sacramentos, el de la eucaristía y el del sacerdocio. Por más que lo leo y releo nada de esto descubro. Será que mis ojos son o están ciegos. Aquí se acaba el texto que ya comenté en la semana pasada.

Ahora continuamos la lectura y la crítica contemplativa del relato de Lucas sobre su Jesús de Nazaret. Y nos centramos en el texto de **22,21-38**. Un relato muy sorprendente y a la vez tan común entre los cuatro evangelistas. Acabada la cena pascual de Jesús, que es la de su pan y su vino, este hombre y en este contexto declara explícitamente y en público que uno de los participantes le va a traicionar. Anuncia la existencia de un traidor: *“La mano de quien me entrega está aquí conmigo sobre la mesa”* (22,21).

Un poco más adelante, el mismo Jesús de Nazaret anuncia la negación de Pedro. Una negación que es tan semejante o igual que una traición: *“Te digo, Pedro, que cuando hoy cante el gallo ya habrás negado tres veces que me conoces”* (22,34).

Entre los dos anuncios de Jesús, el de la traición de Judas y el de las negaciones de Pedro, este Evangelista nos ha contado la discusión acalorada y el enfrentamientos de los comensales de la cena sobre una cuestión de ‘vida o muerte’, muy importante: *“Entre ellos hubo un altercado sobre quién de ellos merecía ser el mayor”* (22,24). Según este Lucas, ¿alguna de aquellas personas de la mesa ya estaba pensando en el Papado de Roma o en un Obispado Primado?

Este enfrentamiento por el poder que surgió en plena tarea evangelizadora de Jesús nos lo han contado los cuatro Evangelios, pero solamente Lucas ha puesto en relación directa esta lucha por el poder con la celebración de la Cena de pascua y la Cena del pan y del vino. ¿Fue así en la realidad histórica? Según este Lucas, pudo ser.

Pero existe otro curioso dato que no me puedo callar. Los Evangelistas Marcos (14,17-31) y Mateo (26,20-35), entre el anuncio de la traición de Judas y anuncio de las negaciones de Pedro, nos cuenta la cena última de Jesús. En cambio, el Evangelio de Juan (13,21-38) nos cuenta entre ambos anuncios el único mandamiento de Jesús, amaos unos a otros (13,35). Y en Lucas (22,21-34) entre ambos anuncios nos cuenta que *“el mayor es el que sirve, no el que manda”*.

Cuando medito en esto sin tiempo acabo por decirme que este ‘servicio’ del que escribe Lucas es tan igual como el ‘amaos unos a otros’ de Juan y tan igual al ‘pan y vino’ del que escriben Marcos y Mateo. Así, **‘servir-amar-comerybeber’** es comulgar a Jesús de Nazaret y con él hacer memoria de su buena noticia. La misa del sacerdocio, en rito de Trento, es otra distinta cosa. Y, por fin, las palabras puestas en boca de Jesús por este Evangelista (22,35-38) sobre la cuestión de tener o comprar espadas nunca lo he comprendido y por eso, sólo lo cito y me callo.